

Cómo romper la *impasse* en las negociaciones económicas multilaterales Norte-Sur

LA SITUACION ACTUAL

Las negociaciones económicas multilaterales Norte-Sur se encuentran actualmente estancadas y, salvo pequeñas excepciones, han demostrado ser estériles. La tesis de este ensayo es que se requerirá un marco conceptual diferente y, derivado de éste, una agenda de negociación y un equipo de negociadores también diferentes, en el caso que tales negociaciones vayan a lograr los grandes propósitos que las realidades de la interdependencia global imponen racionalmente.

También se requerirá una revisión en las políticas económicas domésticas de los países industriales avanzados del Norte.

Hemos llegado a la *impasse* actual de las negociaciones por una vía que ahora es tolerablemente clara. Los llamados a un Nuevo Orden Económico por parte del Sur anteceden la cuadruplicación del precio del petróleo por parte de la OPEP; pero ese evento establece el tono inicial de las negociaciones. Lo hizo así induciendo a los líderes políticos del Sur a creer que había llegado el momento en que su dominio sobre el flujo de las materias primas necesarias para un Norte más industrializado les proporcionaba el poder de negociación necesario para exigir importantes concesiones que aumentarían el flujo de recursos financieros y de tecnología desde el Norte hacia el Sur.

Para muchos intelectuales y políticos en el mundo desarrollado, el éxito obtenido por la OPEP en afirmar su poderío durante el otoño de 1973 constituyó un evento memorable y alentador. Allí había naciones —la mayoría pequeñas, en algunos casos pobres y en todos los casos no totalmente modernizadas— que usaban su control sobre un producto básico para estremecer los fundamentos de las sociedades ricas y confortables que habían basado su prosperidad en la energía barata a partir de 1945. Hasta aquí, los estados más débiles habían afirmado exitosamente su capacidad para distraer más recursos hacia ellos. Por último, estos estados podían sentir que la injusta distribución de los beneficios que sus materias primas habían proporcionado en el pasado estaba siendo corregida. Si esa distribución había sido, de hecho, justa o injusta, la acción de la OPEP a través de una disciplinada cooperación, era una demostración de poder que las naciones en desarrollo jamás habían sido capaces de generar anteriormente.

El impulso para emular a la OPEP por medio de la presión política, en casos en que un cartel de los productores no era una opción realista, fue estimulado por otro hecho. El progreso en la modernización realizado por muchas naciones en desarrollo en los años 50 y 60 había producido una generación tan capaz de hacer un análisis sofisticado del escenario mundial como aquellos grupos que habían proporcionado los equipos de trabajo a la OPEP. Los líderes de esa generación se sentían mucho más técnicamente iguales a sus contrapartidas en el Norte que los pioneros del desarrollo durante la generación anterior. Ellos tenían mucha razón.

Y por consiguiente se lanzaron al ataque en 1974. Era táctica y psicológicamente comprensible que lo hicieran así. Por una parte, el Norte estaba estremecido por el alza de los precios del petróleo y parecía débil e inseguro después de dos décadas de crecimiento majestuoso y confiado; por otro lado, la economía mundial, al menos durante una parte del año, estaba experimentando altos precios para las materias primas. La posición financiera externa de muchos países productores de materias primas (además del petróleo) era fuerte como resultado de varios años anteriores de expansión económica global.

Si se revisan las principales conferencias internacionales de 1974, puede adivinarse que las relaciones Norte-Sur ya se habían polarizado, y que el mundo enfrentaba inevitablemente una prolongada lucha neomercantilista. El áspero debate se produjo en la Asamblea General de las Naciones Unidas en abril de 1974; en el encuentro sobre población en Bucarest; en la Conferencia sobre Alimentos en Roma y en la estéril sesión sobre el Derecho del Mar en Caracas. En todas ellas, el aire estaba impregnado de retórica sobre el imperialismo; de reclamos para la transferencia unilateral de recursos de los países ricos hacia los países pobres, y de la ardiente afirmación de su soberanía nacional por parte de las naciones de menor desarrollo, combinado con demandas igualmente ardientes para que los estados más desarrollados cedieran soberanía y se comportaran en los términos requeridos por la comunidad internacional. Frente a esta embestida verbal y política, las naciones más desarrolladas reaccionaron en forma principalmente defensiva.

La sesión especial de las Naciones Unidas en septiembre de 1975 fue, en tono y en sustancia, marcadamente menos contenciosa que la de 1974. Tres factores parecen ser la causa de este cambio. Primero, los Estados Unidos se presentaron con una retórica de reconciliación y una agenda de trabajo sobre la cooperación Norte-Sur. Si bien el compromiso norteamericano en materia de recursos era limitado, la retórica, los llamados a la acción y la adopción de liderazgo fueron útiles. En segundo lugar, y tal vez más importante, la recesión de la OECB a lo largo del año anterior había dañado considerablemente las perspectivas planteadas a muchas partes del mundo en desarrollo, mostrando en una

forma bastante penosa las realidades de la interdependencia Norte-Sur. En 1974, en la cúspide de la prosperidad anterior, se habló mucho en el Sur del consumo excesivo de materias primas por parte del Norte: en 1975 el Sur estaba preocupado por la caída de sus ingresos externos a causa de la disminución de las ventas y los precios de las materias primas. En tercer lugar, el daño que causaron al mundo en desarrollo los aumentos del precio del petróleo por parte de la OPEP fue mejor comprendido y, por consiguiente, se deterioró la unidad más bien artificial de las naciones en desarrollo durante 1974, a pesar del mantenimiento formal de un frente común en contra del Norte industrial.

De esta sesión del 16 de septiembre de 1975 emergió una serie de resoluciones, que aún dan forma a la agenda de negociaciones Norte-Sur. Ella cubre cuatro temas principales: una variedad de medidas para aumentar la capacidad de los países en desarrollo para obtener recursos externos a través del comercio internacional; el aumento de la ayuda; una transferencia acelerada de tecnología, y medidas para incrementar la producción agrícola y para mantener reservas de granos como un seguro contra las malas cosechas en las naciones en desarrollo.

Esta agenda fue mantenida durante casi dos años en la Conferencia sobre Cooperación Internacional y Desarrollo de París. El tono de las negociaciones fue moderado; pero el "nuevo realismo", como dice la frase de Maurice Williams, condujo a resultados muy pobres: una promesa para reunir un fondo especial de mil millones para ayudar a las naciones en desarrollo con más problemas; un compromiso para considerar más tarde la creación y el financiamiento de reservas reguladoras y una estabilización en los precios de los productos primarios; un compromiso para considerar la renegociación de la deuda externa caso por caso y la oferta de apoyo a largo plazo para el desarrollo del transporte y las comunicaciones en África.

El Norte estaba inclinado a hacer algo con respecto a las peores manifestaciones de perturbación en el mundo en desarrollo (el fondo de ayuda y las negociaciones selectivas de la deuda externa); pero la gran visión de un Nuevo Orden Económico Internacional incorporada en las resoluciones del 16 de septiembre de 1975 no había desaparecido.

Creo que ello sucedió por tres razones: los países del Sur carecían del poder para imponer su voluntad en el Norte; debido al estado de sus economías, los políticos en el Norte carecían de una base política para satisfacer ni siquiera los más legítimos reclamos del Sur; la tendencia ideológica de 1974 contribuyó a que se elaborase una agenda sustancialmente incompatible con el verdadero estado de la economía mundial, sus problemas claves y las potencialidades para una fructífera cooperación Norte-Sur. Me ocuparé de estas tres materias en orden inverso a sus presentaciones; y concluiré considerando si lo que propongo contiene la base para una política y una diplomacia más prácticas.

UNA NUEVA AGENDA Y UN NUEVO CONCEPTO

En primer lugar, pues, veremos la agenda de negociación y el concepto fundamental que la informa. La agenda está estructurada ahora en una forma tan familiar que puede parecer a muchos como tediosamente inevitable: ¿cuánto más está preparado el Norte para dar al Sur en forma de concesiones comerciales, ayuda y tecnología? Se trata, estrictamente hablando, de una calle de una sola vía. Su atractivo en el Norte, si es que tiene alguno, se dirigiría a aquellos como yo y otros viejos cruzados en favor de las naciones en desarrollo, que realmente creen en la noción de una comunidad mundial, en las responsabilidades de los más antiguos con respecto a la industrialización de los recién llegados, y en las ventajas reales —si bien oblicuas y a veces distantes— que encontrarían los países más antiguos en el sostenido progreso económico y social de los recién llegados. Pero es simplemente un hecho de la vida el que el llamado a la conciencia del Norte y a un auto interés en el largo plazo, vagamente articulado, sea ahora una base insuficiente para un progreso serio en las negociaciones económicas multilaterales Norte-Sur. Sería un falso realismo eliminar del diálogo Norte-Sur el auténtico elemento de responsabilidad y preocupación de los más favorecidos por los que lo son menos, existente en el Norte; pero esta veta permanente en el pensamiento, los sentimientos y la política del Norte es, por sí misma, incapaz de dar vida a una asociación duradera entre el Norte y el Sur.

La situación hace recordar una observación que Jean Monnet hizo en Washington a principios de 1946 a raíz de la negociación del primer préstamo británico de postguerra. Dijo que los británicos habían hecho mal en acudir a los norteamericanos en nombre del recuerdo de su gallarda posición en defensa de Occidente, cuando Gran Bretaña se encontraba sola. Aquel recuerdo no perduraría. Por otra parte, los norteamericanos no podrían resistir el participar en una empresa promissora. Por lo tanto, el buscaría ayuda presentando primero el plan total de modernización, sin dejar de enfatizar lo que los franceses pretendían realizar por sí mismos. El confiaba en que, confrontados con este planteamiento constructivo, los norteamericanos estarían preparados para ayudar a satisfacer los requerimientos de recursos externos del plan. Monnet obtuvo sus préstamos y fue en parte esta posición la que convirtió el plan Marshall en 1947-48 en algo prácticamente viable.

Conceptualmente, creo que ahora necesitamos un enfoque diferente: la definición de una empresa común, con intereses comunes explícitamente reconocidos, a la cual tanto el Norte como el Sur pueden contribuir. En esencia, una empresa común de este tipo requiere el compromiso por parte de las naciones del Norte y del Sur para actuar en un grado significativo, cada una dentro de sus propias capacidades, y en los términos requeridos por la comunidad internacional. Yo sugeriría que una aproximación semejante podría fluir naturalmente de una eva-

luación del estado actual de la economía mundial y de ciertos intereses bastante específicos que el Norte y el Sur compartirán en el futuro. Ciertamente, terminaremos volviendo atrás, al comercio, a la ayuda y a todo el resto, como Monnet recurrió aquella vez a los préstamos estado-unidenses en 1946. Pero deberíamos comenzar examinando el estado de la economía mundial, sus problemas y sus posibilidades.

El hecho central con respecto de la economía mundial es que hemos llegado a una fase en la que, por lo menos durante un cuarto de siglo, los recursos necesarios para mantener una civilización global cada vez más industrializada deberían ser incrementados y conservados: alimentos para una población que aumentaría tal vez en 2 mil millones durante los próximos veinticinco años: el 90% de este crecimiento se producirá en las regiones situadas en el sur. También se precisará de energía, en una variedad de formas novedosas y antiguas, para ayudar durante el período de transición hasta que, es de esperar, la ciencia y la tecnología conduzcan a una nueva fuente de energías, esencialmente infinita (por reproducción o por fusión) o renovable (solar). Harán falta materias primas para hacer posible una tasa de industrialización de un 7,5% al año en los continentes en vías de desarrollo (en el caso que se vuelvan a producir las tasas de los años 50 a los 60), y un 5% en el mundo industrial del Norte; también habrá que contar con políticas y recursos para contener o reducir la contaminación ambiental y de las aguas y para mantener, en general, un medio ambiente tolerable. Por último, nuevas tecnologías para volver viables esos y otros objetivos compartidos, no solo durante la próxima generación, sino en el siglo siguiente, porque los plazos requeridos para la creación de nuevas tecnologías son largos.

Si bien no voy a profundizar este tema aquí, estoy convencido de que durante los dos últimos siglos hemos entrado en un quinto período de precios relativamente altos de los productos básicos necesarios para mantener a las poblaciones que se están expandiendo en los medios industriales, crecientemente urbanos¹. En los cuatro períodos previos, la economía mundial cooperó para mejorar o resolver los problemas de la escasez relativa, en el sentido de que los flujos de inversión respondían a las posibilidades de ganancias creadas por los altos precios de los recursos básicos, y los gobiernos permitían que esto ocurriera. Fueron abiertas nuevas áreas ricas en recurso y se crearon tecnologías. De este modo, en las cuatro ocasiones previas la respuesta fue exagerada y de ella resultaron períodos sostenidos de productos básicos relativamente baratos. Esta vez, las políticas públicas deberán verse comprometidas porque, para bien o para mal, los gobiernos están profundamente envueltos en la planificación familiar, la agricul-

¹Los datos que justifican este punto de vista se han incorporado en forma extensa en la tercera parte de *The World Economy: History and Prospect*, Austin: Univ. of Texas Press, 1978.

tura, la energía, las materias primas, el medio ambiente y la investigación y el desarrollo.

Estoy confirmando así que un primer acercamiento a la ayuda de negociación entre el Norte y el Sur debería ser funcional; enfocada alrededor del problema de los recursos globales y dirigida en primer lugar, no a las negociaciones mismas sino a estas dos preguntas: ¿qué ocurrirá en la economía mundial en los próximos veinticinco años, si el impulso económico y social debe ser mantenido tanto en el Norte como en el sur? ¿Cuál puede ser la contribución de cada nación para obtener un resultado satisfactorio?

Hay una concepción más grande detrás de esta noción de dicha agenda y de un acercamiento adecuado a ella. Diría que hemos hecho mal en dividir el mundo, en nuestras mentes, entre países pobres y países ricos y, especialmente, en permitirnos creer que el esquema normal en el mundo es que el rico debe volverse más rico y el pobre más pobre. Tanto en la historia como en el escenario contemporáneo ha sido generalmente verdadero lo opuesto². Por ejemplo, la tasa promedio de crecimiento del ingreso per cápita en Gran Bretaña, desde comienzos de su industrialización en 1783 hasta 1967 fue de 1,3% por año; para los Estados Unidos en el período desde 1843 a 1972, del 1,8%. Por otra parte Japón, que comenzó en 1885 y Rusia, que lo hizo en 1890, promediaron 2,5%. México, que comenzó en 1940, lo ha hecho aún mejor: 3,4%.

El mismo resultado global emerge si se observan las tasas de crecimiento per cápita en un corte transversal, durante los años 60. Los países más pobres (bajo \$100 *per cápita* en dólares de 1967) promediaron sólo un 1,7%. La tasa subió constantemente hasta un máximo de alrededor de \$ 1.000 *per cápita*, en donde las tasas de crecimiento pasaron a ser de 6,5%. Después, la tasa de crecimiento declinó para los países más ricos, y en los Estados Unidos, durante esa década, hubo un promedio tan solo de 3,2%.

Existen dos razones básicas para este modelo: primero, los que han alcanzado recientemente la industrialización tiene que absorber un gran cúmulo de tecnologías modernas no aplicadas, en tanto que las naciones más avanzadas deben depender del flujo de nuevas tecnologías, a la vez que llevan el peso de plantas industriales antiguas u obsoletas; en segundo lugar, a medida que los países (o regiones) se vuelven más ricos, asignan una proporción mayor de sus ingresos a servicios que, en general, no incorporan tecnologías de alta productividad en el mismo grado que las manufactureras.

²Ver W.W. Rostow, con ayuda de Frederick Fordyce, "Rates of Growth at different Levels of Income and Stage of Growth: Reflection on Why the Poor get Richer and the Richer Slow Down", *Research in Economic History*, primavera de 1978.

Este proceso también explica en buena parte la relativa nivelación de los estados sureños con el resto de los Estados Unidos desde mediados de los años 30.

Desde este punto de vista se desprenden dos cosas que pesan en este argumento. Primero, es evidente que las naciones en desarrollo no forman un grupo homogéneo en términos del ingreso real *per cápita*, la etapa de crecimiento o la capacidad para actuar en forma efectiva en la competencia por los recursos mundiales que confrontan ahora todas las naciones. Segundo, la perspectiva de las relaciones Norte-Sur más apropiada no es aquella que propone la redistribución de los ingresos de los ricos a los pobres, sino la que mantiene el crecimiento de la economía mundial de tal manera que el proceso normal de ponerse al día opere en favor de los países retrasados. Es histórica, técnica e ideológicamente más correcto e iluminador contemplar el mundo como configurado por naciones que han entrado al proceso moderno de crecimiento (o de "despegue") en diferentes periodos, que en términos de los países ricos y países pobres. Como podría emerger, esta perspectiva no reduce en absoluto la importancia de la ayuda, del comercio liberalizado y de la transferencia acelerada de tecnologías apropiadas. Pero sí colocan esas funciones tradicionales en una perspectiva diferente y, desde mi punto de vista, más acertada y global.

Las bases conceptuales propuestas para las negociaciones multilaterales Norte-Sur son, por lo tanto, bastante simples: el Norte y el Sur comparten en igual forma un interés para que la economía mundial opere de manera que permita y aliente las tasas de crecimiento en ambos grupos de países, aproximándose a aquellas de los años 50 y 60 y si es posible, aún más altas que las que se registraron en los años 60 en el Sur. Esto requiere la íntima cooperación del Norte y del Sur a lo largo del próximo cuarto de siglo, para asegurar que los problemas de recursos que enfrenta la economía mundial sean encarados.

COMO INCORPORAR EN LA AGENDA LA AYUDA, EL COMERCIO Y LA TRANSFERENCIA DE TECNOLOGIA

Surge entonces la pregunta: si lo correcto es que las naciones del Norte y del Sur examinen como deben ser resueltos los problemas comunes, ¿cómo entra en este cuadro la antigua problemática de la ayuda, el comercio y la transferencia de tecnología? Creo que la respuesta consiste en que ella emerge en forma bastante natural de una aproximación funcional a los problemas comunes.

Tomemos, por ejemplo, los temas de la población y la alimentación. Presumamos que un grupo de representantes del Norte y del Sur llegarán a la conclusión de que es de común interés para la comunidad mundial el que, en promedio, hacia el año 2.000 las tasas totales de nacimiento en el mundo en desarrollo deberían estar en o por debajo del 20 por 1.000, y que la expansión promedio anual de un 4% en la producción

agrícola del mundo en desarrollo debería ser alcanzada y mantenida. (Pongamos de lado por ahora la familiar resistencia de los representantes de las naciones en desarrollo para aceptar una meta en referencia con la tasa de nacimientos en los foros multinacionales). Dadas las implicaciones de las tasas de nacimiento para los requerimientos presentes y futuros (especialmente para después del año 2.000), en materia de alimentos, servicios educacionales y de salud, distribución del ingreso, niveles de desempleo, la viabilidad política de las naciones en desarrollo y las posibilidades de obtener un mínimo de tranquilidad en el escenario mundial, es racional aceptar alguna meta general para la reducción de la tasa de nacimientos. Menos discutida es la meta de un aumento anual del 4% en la producción agrícola de las naciones en desarrollo, una cifra aproximada que se estima necesaria para permitir que mejoren los niveles nutricionales en el Sur, como también para evitar la desnutrición en una escala mayor.

¿Qué deberían acordar unos representantes racionales del Norte y del Sur acerca de las responsabilidades y tareas respectivas de las dos regiones para alcanzar algunos de estos objetivos que se han propuesto?

Por supuesto, la responsabilidad de la planificación familiar descansa inicialmente en los gobiernos y los pueblos de América Latina, Africa, el Medio Oriente y Asia. Sólo ellos son capaces de aumentar en forma radical la inversión de capital político y administrativo para pesar con efectividad en la vida de las familias en los pueblos y ciudades; tan sólo ellos pueden decidir que se inviertan más recursos para crear un medio ambiente social, especialmente en la salud y la educación, que conduzcan a una disminución acelerada de la tasa de nacimientos. Pero una vez que se hayan tomado esos compromisos, el aumento en la asistencia económica, el comercio y la ayuda, puede contribuir sustancialmente a mantener la asignación de recursos domésticos requerida.

En cuanto a la tecnología, los científicos del mundo en desarrollo y los del desarrollado, deberían sin duda cooperar íntimamente para tratar de crear sistemas de control de natalidad que sean baratos, durables, y psicológicamente más aceptables que los que ahora están disponibles.

Respecto a la meta en la agricultura, existe una similar convergencia natural. De nuevo, la responsabilidad primaria recae inicialmente sobre los gobiernos y los pueblos de las naciones en desarrollo. Sin una voluntad y un compromiso para aumentar la producción agrícola, incluyendo la decisión a veces penosa de proporcionar incentivos de precios adecuados a los campesinos y de reducir el número de intermediarios entre éstos y el mercado urbano, la ayuda externa pasa a desempeñar un papel secundario. Pero la ayuda externa puede ser de importancia crítica una vez que se han tomado las decisiones domésticas para aumentar la extensión agrícola, incrementar la irrigación, expandir la producción a la de insumos de fertilizantes y pesticidas químicos, ex-

pandir la extensión local de los servicios y las posibilidades de inversión.

Debería recalcar que la modernización de la vida rural, que constituye un requerimiento de cualquier programa agrícola serio, converge plenamente con los requerimientos para elaborar programas efectivos destinados a reducir la tasa de natalidad.

Con respecto a la energía y a las materias primas, las naciones en desarrollo evidentemente poseen un gran interés en aumentar la producción doméstica en las épocas en que los precios son relativamente altos. Y, en los que respecta a las materias primas, la existencia de intereses comunes entre el Norte y el Sur ha sido reconocido en principio al mitigar las fluctuaciones de precios para todos los grupos de países y las fluctuaciones de ingresos para los productores. El elemento que falta en los dominios de la energía y las materias primas reside en el fracaso de la comunidad internacional para establecer reglas de juego mutuamente aceptables para la inversión extranjera privada, que también vigilarán que el desarrollo de tales recursos sea eficiente, en favor de la economía mundial como un todo. Esta falla está actualmente distorsionando los esquemas de inversión hacia las regiones políticamente hospitalarias, que no son necesariamente las que contienen los recursos más productivos. Los costos de esta distorsión con respecto a las materias primas (además de la energía) están mitigados actualmente por la desaceleración del crecimiento en la economía mundial desde 1974; pero las inversiones inadecuadas o mal orientadas en el sector de las materias primas pueden llegar a constituir un serio freno a la expansión económica si tasas de crecimiento parecidas a las de los años sesenta fuesen recapturadas.

Estamos todos conscientes de las sensibilidades nacionalistas que rodean el problema de la inversión extranjera privada en productos básicos. Solamente haré notar este hecho aquí y volveré a referirme a él más adelante.

En lo que concierne a la energía, sin embargo, hay bastante más en la agenda común que el hecho de encontrar nuevas reservas de gas y de petróleo y explotarlas. Durante los próximos veinticinco años, las naciones en desarrollo confrontan la tarea de independizarse de la confianza que actualmente poseen en el gas y el petróleo, mientras construyen una base energética alternativa. Esto es, incidentalmente verdadero para la mayoría de los países de la OPEP, así como para las grandes regiones productoras de gas y de petróleo en los Estados Unidos. La mayoría de los países en desarrollo requerirán capital externo y/o asistencia técnica para realizar esta transición en forma eficiente y oportuna. Las nuevas tecnologías y los refinamientos tecnológicos en la producción y el uso de diversas formas de energía, que serán requeridas durante la próxima generación, no deberían ser —y de hecho sería raro que lo fuesen— tan solo el producto de los científicos e inventores provenientes del Norte industrial. La economía mundial tendría que

beneficiarse, por ejemplo, de la inventiva de los sureños para desarrollar la energía solar allí donde, de una manera general, las regiones en desarrollo posean una ventaja competitiva. Y hay otras posibilidades de producir energía en las cuales el Sur puede llevar la delantera, por ejemplo, la energía derivada de ciertas formas abundantes de biomasa. Sin embargo, durante algún tiempo, las naciones en desarrollo que estén realizando la transición energética tendrán que depender sustancialmente de tecnologías generadas en el Norte: plantas de poder nuclear, incluyendo con el tiempo reactores alimentadores, sintéticos derivados del carbón; células fotovoltaicas para la producción de electricidad solar, asumiendo que sus reducciones continuas de costos los colocará al alcance económico; método para producir energía geotérmica, etc.

El punto central aquí consiste, simplemente, en que el problema de la energía es inherentemente global. Las naciones del Sur importadoras de petróleo, como también las del Norte, sienten el peso de los altos precios de la energía; todas están amenazadas por el probable descenso de la capacidad de producción de la OPEP en los años 80; tanto ellas como los miembros de la OPEP confrontan la transición hacia una nueva base energética en un período intermedio, y, luego, hacia una base energética para el largo plazo.

Si alguna vez ha existido un conjunto de problemas comunes que justifiquen la íntima y sostenida cooperación Norte-Sur a largo plazo, con inclusión de las naciones de la OPEP, éste reside en los campos de la energía y las materias primas. En un mundo racional, dicha cooperación comprendería flujos mucho mayores de capital, y tecnología desde el Norte hacia el Sur; aumento de las exportaciones del Sur hacia el Norte y una creciente contribución tecnológica del Sur a la economía mundial como un todo.

En lo referente al control de la contaminación y a la protección del medio ambiente, existe una tendencia comprensible en el Sur para calificar los grandes gastos necesarios para mantener limpios el aire y el agua como un lujo que sólo el Norte rico puede afrontar. Buena parte del control de la contaminación requiere compromisos logrados en el ámbito de la economía y del bienestar, en donde los juicios van a diferir legítimamente entre los distintos países, dentro de cada país, e incluso entre ciudades situadas junto al mismo lago o río. Pero hay aspectos de la protección del medio ambiente que no pueden ser resueltos dentro del agnosticismo de la economía del bienestar; por ejemplo, el manejo seguro de plantas de poder nuclear y sus desperdicios; el control de la contaminación de las aguas compartidas por países más o menos industrializados (el Mediterráneo); y el contenimiento o reversión del peligroso proceso de desgaste de la tierra cultivable. Esto último incluye una considerable serie de problemas: la rápida deforestación no sólo implica reducir las existencias de madera sino que es también acentuar los riesgos de inundaciones y erosión; el abuso de la tierra, en especial por una tala de bosques excesiva, está extendiendo los desiertos en el Noro-

este de la India y el Medio Oriente, como también en algunas partes de África; las mismas fuerzas están degradando rápidamente tres zonas montañosas principales y sus tierras bajas adyacentes (los Himalayas, los Andes y las montañas de África del Este); los sistemas de riego inadecuados están reduciendo la productividad de algunas de las principales áreas de tierras de regadío a través de la deforestación y de la salinidad de los terrenos, y por la acelerada obstrucción que causan los sedimentos en tranques y canales. Se requieren grandes inversiones para detener y hacer retroceder estas tendencias. Ellas no son fáciles de emprender, excepto en un contexto en donde los países en desarrollo, a menudo en cooperación los unos con los otros, se hayan orientado especialmente hacia las tareas agrícolas y estén recibiendo un fuerte apoyo por parte de la comunidad internacional.

Es evidente, entonces, que un amplio conjunto de problemas ambientales tienen implicaciones que trascienden las fronteras nacionales y suponen la cooperación Norte-Sur. Pero, es difícil que tal cooperación tenga lugar, excepto en el contexto más extenso de una sociedad dentro de la cual los objetivos comunes Norte-Sur hayan sido claramente identificados a lo largo de un frente más amplio. Es probable que las naciones en desarrollo, presionadas en un escenario mundial cada vez más neomercantilista, continúen operando con criterios estrechos y altamente nacionalistas, incluso si esos criterios demostraran ser costosos en el largo plazo. Y el largo plazo puede materializarse en muy corto tiempo, en realidad, como lo demuestra el estado del Mediterráneo y la situación en el Sahel.

En el futuro se fortalecerá la prioridad del proceso de investigación y desarrollo, particularmente en relación con los problemas de los recursos naturales y el medio ambiente. En un sentido, las nuevas tecnologías tendrán que sustituir las grandes fronteras físicas abiertas con que se creía contar en el pasado. Como sugerí anteriormente, es probable que las contribuciones a la reserva mundial de tecnologías modernas provengan cada vez más, con el paso del tiempo, de los recién llegados al proceso de industrialización. Para los historiadores, el proceso es familiar. El ciclo inicial de tecnologías modernas (la maquinaria textil, la desmontadora de algodón, la producción de hierro basada en el carbón de coke, la máquina a vapor, las líneas férreas y el acero) fue generado por el primer grupo de naciones que iniciaron el despegue: Gran Bretaña, los Estados Unidos, Bélgica, Francia y Alemania. En el siglo xx, aquellos cuyos despegues se produjeron entre 1870 y 1900 (Suecia, Hungría, Japón, Rusia-URSS, Italia, España y Canadá) hicieron crecientes contribuciones al fondo global de tecnologías en continua expansión, por ejemplo, los productos químicos modernos, el motor a combustión interna, la electricidad, la electrónica. Es seguro el hecho de que las naciones más avanzadas del mundo en desarrollo van a ampliar esta pauta. Sin embargo, durante un tiempo considerable, el grueso de las nuevas tecnologías se creará y será

difundido desde el Norte. Es comprensible el sentido de dependencia que genera esta situación, aunque ella sea transitoria desde el punto de vista de los patrones que aplican los historiadores. De este modo, el tema de la transferencia de tecnología ha emergido como un aspecto importante en la agenda Norte-Sur.

Hay, sin embargo, un área de irrealidad acerca de mucho de lo que se discute con respecto a este tema. Existen, por supuesto, tipos de ayuda externa que pueden aumentar la base científica y tecnológica de una nación en desarrollo; por ejemplo, el fortalecimiento de instituciones de educación locales y el establecimiento de instituciones especializadas en investigación a través de aquellos que se educan en el extranjero. Y hay un ámbito legítimo para reexaminar las potencialidades que existen para la transferencia de tecnologías controladas por los gobiernos, así como también para revisar los arreglos privados sobre patentes en lo referente a los elementos monopólicos y otras desigualdades que ellos involucran. Pero el hecho central es que la masa de nuevas tecnologías ha sido absorbida por las naciones en desarrollo mediante la creación de firmas industriales que las incorporan a su producción. Las empresas locales, extranjeras o mixtas, capaces de hacer incorporar eficientemente la tecnología moderna en sus procesos productivos han sido el factor crítico, más que la mera existencia de un flujo de tecnología. Esto ha sido verdadero, desde, digamos, el año 1814, cuando Frances Cabot Lowell instaló su molino en Massachusetts basándose en el pirateo de la tecnología británica. Algunas naciones en desarrollo, como los Estados Unidos en sus primeros tiempos, han generado cuadros de empresarios locales capaces de usar en forma efectiva tecnologías importadas del exterior. En otros casos fueron requeridas al comienzo firmas y empresarios extranjeros. Y hay un amplio espectro de capacidades locales y necesidades externas entre medio, incluida la posibilidad de contratos generales. De este modo, para que se acelere el flujo de tecnología, se requiere en muchos casos una decisión estable por parte de los países en desarrollo con respecto al criterio para aceptar firmas o gerentes extranjeros, y reglas del juego estables para su supervivencia rentable en términos económica y políticamente aceptables para los gobiernos huéspedes. Esto es extremadamente importante, por ejemplo, si la capacidad de producir fertilizantes químicos ha de ser expandida rápidamente en muchos países en desarrollo que actualmente carecen de capacidad de gestión y de conocimientos tecnológicos en la escala requerida. Se puede aplicar psicológica y políticamente la razón por la cual este tema resulta candente dentro de los países en desarrollo; pero se puede explicar también por qué tal nacionalismo reactivo produce, a su vez, graves respuestas en los parlamentos, congresos y salas de directorio de los países desarrollados. Estas reacciones limitan las posibilidades de generar apoyo político para una mayor ayuda externa y un comercio más liberalizado y al desalentar la inversión privada desde el exterior, también re-

ducen el flujo de nuevas tecnologías y la construcción de una capacidad industrial sumamente necesaria.

Este es un conjunto de temas arduo y complejo, pero tiene una solución racional, como lo demuestran muchos arreglos bilaterales existentes. Ninguna asociación multilateral entre el Norte y el Sur podrá ser realmente seria hasta que estos temas se enfrenten y resuelvan. Este juicio no es tan solo un reconocimiento de que cualquier colaboración debe ser una calle de dos vías, sino que se basa también en la circunstancia estrecha de que los arreglos más eficientes para el progreso de las naciones en desarrollo deben basarse en las realidades de la interdependencia económica, incluida la capacidad de absorción de las naciones en desarrollo con respecto a las nuevas tecnologías.

EL ESTANCAMIENTO DEL NORTE

Antes de examinar las implicaciones prácticas de este argumento en los actuales esfuerzos negociadores me referiré a una barrera que amenaza el éxito de las negociaciones Norte-Sur y que es tan seria como un concepto y una agenda erróneos; esto es, la recesión crónica de las economías de la OECD desde 1974.

Esta inactividad inhibe gravemente la capacidad del Norte para responder a las posibilidades que ofrecen las negociaciones multinacionales a lo menos en cuatro aspectos diferentes.

Primero, el legítimo clamor del Sur para que aumenten sus mercados de exportación en las economías del Norte está directamente inhibido por las lentas tasas promedio de crecimiento de las mismas en los últimos tiempos. El volumen de las exportaciones del Sur y los precios de muchas de estas exportaciones están unidos mutuamente a la tasa de crecimiento del Norte.

Segundo, esta fuente de ingresos externos para el Sur se ve aún más debilitada por las pautas emergentes en las políticas comerciales de los países del Norte. La tendencia en esos países es, de hecho, regresiva: tiende al proteccionismo bajo anticuadas formas de "comercio controlado", un eufemismo para "proteccionismo" a secas.

Tercero, el fracaso del mundo de la OECD para generar políticas efectivas de energía, que contribuirían a controlar y a reducir sus importaciones de petróleo de la OPEP, limita también las posibilidades de generar un escenario y una posición de regateo capaces de introducir la OPEP —y el problema de la energía en general— dentro de la órbita de las negociaciones Norte-Sur. Como veremos, la OPEP podría jugar un papel importante en tales negociaciones, como un todo.

Cuarto, las amplias consecuencias políticas de una estagnación crónica y de los problemas energéticos sin resolver reafirman los efectos técnicos de las otras fuerzas de acción. Al enfrentar problemas domésticos agudos y urgentes y presupuestos nacionales reducidos, los

cuerpos parlamentarios probablemente concederán una prioridad más baja a la ayuda externa que a los gastos sociales para paliar las consecuencias domésticas del estancamiento crónico. El estancamiento es, evidentemente, un escenario político pobre como para buscar en él la liberalización del comercio exterior.

Dicho de otra forma, el primer deber del Norte para con el Sur (como también para con sus propios ciudadanos) es superar la estagnación y volver a tasas de crecimiento semejantes a aquellas de los años 50 y 60.

Como he argumentado ampliamente otras veces, esta vuelta a las altas tasas de crecimiento no puede ocurrir en el antiguo molde³. Los sectores líderes en el Norte durante los años 50 y 60, eran: la rápida difusión del automóvil privado y los bienes de consumo duraderos, la migración a los suburbios y la desproporcionada expansión de ciertos servicios (notablemente, educación superior, servicios médicos y viajes). Todo esto ha sido desestimulado por el aumento en el precio relativo de la energía y la consiguiente desaceleración en el crecimiento del ingreso real privado. Además, algunos de estos sectores dominantes estaban perdiendo impulso en forma bastante rápida en la última mitad de los años 60, por razones que podrían calificarse de normales, a medida que se desplazaban hacia sus límites naturales. Los árboles no crecen en el cielo, y la industria automovilística en el Norte, por ejemplo, mostró los signos de desaceleración que habían sido exhibidos en el pasado, luego de previos períodos heroicos de rápida expansión, por la industria textil del algodón (los años 1870), las líneas férreas (1890), etc. En resumen, es improbable que un estímulo convencional nekeynesiano, para lograr demandas efectivas, no lleve de vuelta a más tasas regulares de crecimiento del pleno empleo del tipo de las que gozó el Norte a lo largo de las generaciones pasadas. A mi juicio, los sectores líderes para la generación futura, tal como en otros períodos con precios relativamente altos para los productos básicos, van a encontrarse en campos relacionados con los recursos naturales: generación de energías, conservación de la energía, expansión y conservación de las materias primas, desarrollo y conservación de las reservas de agua, agricultura (notablemente en los continentes en desarrollo), transporte, control de la contaminación, e investigación y desarrollo a lo largo de un amplio frente relacionado prioritariamente con los recursos naturales. Para generar la expansión de las inversiones requeridas en esos sectores se necesitarán cambios considerables en las políticas públicas, tanto para crear el escenario en el cual la inversión privada puede expandirse apropiadamente como para generar los fondos públicos de inversión necesarios allí donde el sector privado no puede hacer este trabajo.

³Ver, en particular, W.W. Rostow, *Getting from here to there*. N. York, Mc Graw-Hill, 1978.

Si tal afirmación es aproximadamente correcta, implica una importante conclusión relacionada con las negociaciones Norte-Sur, por ejemplo, la concentración de los países del Norte en los problemas de los recursos naturales requeridos para regenerar un crecimiento económico rápido, conducirá también a una clarificación de los serios intereses internacionales del Norte en el desarrollo y la conservación de los recursos naturales, a través de una efectiva colaboración Norte-Sur. Dicho de otra manera, es probable que las negociaciones Norte-Sur aparezcan como una diversificación potencialmente costosa y sustancialmente irrelevante en el mundo de la OECB mientras los gobiernos estén concentrados en tratar de volver al pleno empleo, a través de la manipulación de las simples herramientas nekeynesianas de política monetaria y fiscal, en un juego frustrante e inherentemente perdedor; pero tales negociaciones se acercarán más al centro de las preocupaciones en el Norte cuando éste perciba la dimensión de sus problemas de recursos naturales y los efectos potencialmente benignos en el empleo y el crecimiento que se derivarían de una adecuada solución de estos problemas, y se ocupe de ellos vigorosamente.

EL PODER DEL SUR

Ahora nos referiremos al poder del Sur para imponer sus soluciones al Norte o bien para diseñar su futuro sin la cooperación del Norte.

Si bien los monopolios del tipo de la OPEP no son fáciles de reproducir, se han hecho algunos esfuerzos en esa dirección. Los productores de bauxita del Caribe, a través de impuestos a la exportación, acompañados de acuerdos de largo plazo con las firmas extranjeras comprometidas a operar en sus territorios, han conseguido obtener alzas importantes en los precios. Se han intentado esfuerzos similares en otros campos, incluidos el café, los fosfatos, los bananos y el cobre. Además, en muchos países en desarrollo se han nacionalizado actividades productivas de materias primas. El costo de estas tendencias para todas las partes es una aguda declinación de la inversión extranjera en la exploración y la producción de materias primas, por ejemplo, en América Latina. Los latinoamericanos no tienen aún el dominio del capital, la tecnología y la destreza necesarios para poder compensar plenamente esta caída. El resultado final puede ser una concentración del desarrollo de los productos básicos en áreas más hospitalarias, que poseen depósitos menos productivos, provocando precios más altos. Por ejemplo, el gobierno norteamericano está ya efectuando gastos de investigación y desarrollo para la producción de aluminio derivado de la arcilla, que se encuentra en abundancia, en posible sustitución de la bauxita importada.

Los costos y beneficios exactos, a corto y a largo plazo, que puede obtener el Sur mediante las políticas tipo OPEP son difíciles de calcular; y variarán, por supuesto, de producto a producto y de país a país.

Está claro que el orden de magnitud de las ganancias netas probablemente resultará ser trivial en comparación con los beneficios de una abierta cooperación Norte-Sur a lo largo de un amplio frente que incluya el comercio, la ayuda y la transferencia de tecnología. Y, por supuesto, relativamente pocos países en el Sur poseen un control sobre la oferta de materias primas suficiente para intentar ejercer una opción similar a la de la OPEP.

Vale la pena también preguntarse si el Sur es capaz de generar un impulso sostenido sin la cooperación del Norte. Después de todo, el Sur no puede garantizar que el Norte vaya a descubrir los nuevos conceptos y políticas económicas, requeridos para superar el estancamiento y restituir las altas tasas de crecimiento de las cuales pueden beneficiarse todos los grupos de países, y menos aún que vaya a demostrar la voluntad de implementarlos. Aquí la respuesta parece ser que algunas naciones en desarrollo han adoptado ajustes bastante impresionante frente a los altos precios de la energía y a la inactividad económica en el Norte. Por supuesto, algunos países poseen prometedoras reservas de recursos energéticos propios, aún cuando no sean exportadores sustanciales de los mismos. Otros han explotado con vigor e imaginación las potencialidades que existen para exportar bienes y servicios hacia las naciones de la OPEP, en rápida expansión. América Latina, en su conjunto, puede desempeñarse razonablemente bien si sus gobiernos logran al fin superar las barreras políticas y de otro tipo que durante tanto tiempo les han impedido construir un mercado común efectivo. En general, los países en desarrollo más adelantados han demostrado una mayor capacidad en tal sentido, incluyendo en esta categoría a aquellos países que han avanzado más allá de las industrias de bienes de consumo sustitutas de importaciones, hacia las industrias de productos químicos, metal-mecánicos y electrónicos, estos últimos al menos en sus formas más simples. Presiento que si el Norte continúa avanzando a ciegas, con bajas tasas de crecimiento y políticas energéticas totalmente inadecuadas, el Sur encontrará los caminos necesarios para avanzar de alguna manera, aunque sea con menores tasas de crecimiento en lo que al ingreso real *per cápita* se refiere. No debe desestimarse la determinación del Sur para modernizar sus sociedades.

Pero, en el mejor de los casos, ésta sería una solución de segundo orden y que no estaría al alcance de muchos países que se encuentran en las primeras etapas de su desarrollo económico, por ejemplo, muchas de las naciones africanas. Casi todas las naciones del Sur enfrentan una etapa en que las tensiones derivadas del excesivo aumento de la población alcanzarán un máximo. La mayoría experimentará un duro impacto si en los años 80 se llega a un límite en la capacidad de producción de los países de la OPEP y, por lo tanto, un nuevo aumento en el precio real del petróleo y una situación de escasez absoluta en relación con los requerimientos globales de importaciones de petróleo. Incluso las más avanzadas entre las naciones en desarrollo necesitan, por lo menos du-

rante otra generación, un rico flujo de tecnología desde el Norte para lograr su adaptación a una nueva base energética, y para muchos otros propósitos.

Por lo tanto, la solución real es tratar de superar la *impasse* en las negociaciones multilaterales Norte-Sur y conseguir la colaboración entre los que llegaron primero al crecimiento moderno y los rezagados, basada en una serie preocupada por el bienestar de los seres humanos.

UNA NUEVA ESTRUCTURA DE NEGOCIACION

En caso que el argumento desarrollado en este trabajo sea válido, en general deberían suceder dos cosas.

Primero, la conferencia Norte-Sur tendría que reunirse de nuevo, sobre nuevas bases, con una estructura, un procedimiento y un personal negociador sustancialmente diferentes, en comparación con la malograda Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional de París. La estructura de sus comités debería estar dividida en áreas funcionales: población, agricultura⁴, energía, materias primas, reservas de agua, control de la contaminación, e investigación y desarrollo. Cada comité debería dedicarse inicialmente a recibir y absorber opiniones de expertos acerca de la naturaleza de los problemas que habrán de confrontar durante los próximos veinticinco años los países, y el carácter de las opciones de políticas que se abren ante la comunidad mundial. El hecho es que una buena parte del trabajo del equipo de expertos ya ha sido organizado. Por ejemplo, tenemos informes de un grupo responsable de expertos internacionales: *Energy: Global Prospects 1985-2000*, dirigido por el Profesor Carroll Wilson, del MIT. Existen estudios semejantes en todos los otros campos, con excepción el de la investigación y desarrollo como un todo, donde la considerable cantidad de material existente está fragmentada en áreas funcionales. La investigación y el desarrollo debería, evidentemente, ser considerada por cada comité según la forma como se relacionan con campos de estudios específicos; pero, desde mi punto de vista, un comité separado debería estudiar seriamente el área en su conjunto.

Los comités descubrirán, por supuesto, la conveniencia de seguir muchos cursos de acción apropiados (lo que en algunos casos ya están adoptando) sobre las bases nacionales o regionales. Su tarea, en primera instancia, consistiría en buscar un acuerdo sobre ciertos objetivos específicos en cada uno de los campos mencionados, y en identificar el terreno más apropiado para concertar la acción internacional.

Definidas ya tales metas, los comités podrían entonces proceder, en cada campo, a discutir y, si es posible, resolver aquello con lo que cada

⁴La población y la agricultura bien podrían estar combinados.

lado, tanto el Norte como el Sur, debería contribuir en justicia al cumplimiento de los objetivos globales. Ellos descubrirán que la dicotomía Norte-Sur no constituye siempre el marco apropiado para definir responsabilidades, pero que sí se progresa hacia el establecimiento de objetivos comunes, sin duda emergerá la necesaria flexibilidad para asignar tales responsabilidades.

Por encima de los grupos funcionales, un comité del más alto nivel debería supervisar dicho ejercicio como un todo; establecer el tipo de políticas que podrían emerger con respecto a los flujos de capital, comercio y asistencia técnica; buscar compromisos equitativos entre intereses conflictivos y aislar los problemas más difíciles e intratables para hacerlos objeto de un examen y una negociación especializados. Tendrían también las responsabilidades de reunir los resultados de los comités funcionales y traducirlos en políticas generales sobre ayuda, comercio, movimientos de capital y transferencia de tecnología.

Aún más importante que lograr una nueva estructura de negociaciones es la necesidad de contar con un personal negociador diferente. Si las negociaciones Norte-Sur han de ser serias, los hombres y mujeres que detentan la responsabilidad de los ministerios nacionales más relevantes deberían también asumir su papel en las negociaciones multilaterales. Una razón por la cual las negociaciones económicas bilaterales han sido sistemáticamente más serias y productivas que las multilaterales es que ellas son generalmente conducidas entre funcionarios ministeriales que tienen el peso diario de las responsabilidades frente a determinados aspectos de la economía nacional. Dicho de otra forma, las negociaciones multilaterales Norte-Sur están siendo conducidas por diplomáticos especializados, entrenados en la ideología y los procedimientos peculiares de tales negociaciones, pero sustancialmente divorciados del serio negocio de manejar la economía de un país. Es posible que tales negociaciones tengan éxito sólo en la medida en que sean conducidas por funcionarios que aportan el mismo sentido práctico que aplican a los problemas domésticos o a las negociaciones bilaterales.

Además de una negociación Norte-Sur reorganizada, debería estar en proceso en estos momentos una segunda empresa de la OECD y debería convocarse un grupo especial con el mandato de diseñar una política que, en forma definitiva, pueda rescatar los países de la OECD de la estagnación en que se encuentran sumidos. Durante los años recientes, los comités de la OECD han operado dentro de un cauteloso marco neokeynesiano, y han asumido implícitamente que su tarea consistía en trazar una estrecha línea a lo largo de alguna ficticia curva Phillips, y en balancear la necesidad de estimular la demanda con la de controlar la inflación inducida por ésta. Ni los problemas de los recursos naturales (notablemente en materia de política energética) ni el problema de la inflación producida por la presión de los salarios, figuraba seriamente en la agenda. Lo mejor que pudieron lograr fue recomendaciones para

que las economías más fuertes empujaran a las más débiles hacia un mayor crecimiento, al generar una expansión estimulada por las exportaciones. Esto no ha resultado. Por lo tanto, un nuevo grupo de expertos debería encargarse ahora de diseñar una estrategia para un crecimiento sostenido más alto, que abarque los problemas de la energía y otros de recursos naturales, (incluyendo la urgencia de disminuir las importaciones de petróleo de la OECD desde la OPEP) así como el problema de la inflación producida por la presión de los salarios, con todas sus complejidades, aristas y sensibilidades.

Como argumenté anteriormente, tan sólo un crecimiento alto y estable de los países de la OECD será capaz, al final, de hacer viable la colaboración Norte-Sur. La consideración de los requerimientos en materia de recursos y de las políticas previsibles bajo tales circunstancias deberían conducir hacia el trabajo reestructurado de una nueva institución Norte-Sur negociadora.

Si todo esto funciona, la comunidad internacional emergería con un esfuerzo concertado para enfrentar sus principales problemas de recursos, nuevamente dentro de un ambiente de altas tasas de crecimiento, con un comercio liberalizado (una fuerza positiva de control de la inflación bajo condiciones de crecimiento rápido), una mayor ayuda directa e indirectamente relacionada con los problemas comunes de recursos, un aumento de los flujos internacionales de capital privado, como también mayores flujos de tecnología públicos y privados del Norte hacia el Sur. Más aún, la OPEP estaría plenamente integrada dentro del club internacional y no sería, como ahora, un super poder económico cortejado por los importadores de petróleo tanto del Norte como del Sur, pero que en realidad adopta arbitrariamente sus decisiones monopólicas.

¿ES REALISTA LA PROPUESTA?

Ahora, finalmente, ¿es éste un sueño utópico o hay dentro de él un germen de realidad política y diplomática?

Si uno examina las tendencias y retóricas de la diplomacia económica multilateral, los intereses creados y los hábitos burocráticos que han crecido a su sombra, y las audiencias internas a las cuales se dirige esa diplomacia, se debe llegar a la conclusión de que realmente la propuesta es poco realista.

Pero hay cinco circunstancias que demuestran que vale la pena articularla en forma lúcida y exponer el caso ante el mundo.

Primero, las negociaciones multilaterales Norte-Sur están ahora estancadas, y la base política en el Norte para proporcionar una ayuda sería al Sur es débil y se está desvaneciendo.

Segundo, muchos de los elementos en el análisis que he presentado aquí son reconocidos *de facto* en las relaciones económicas bilaterales que vinculan determinados países del Norte con determinados países

del Sur. Por ejemplo, algunos países del Sur han encontrado vías políticamente aceptables para recibir flujos privados de capital y de asistencia técnica y para desarrollar su producción y exportación de materias primas necesarias para el Norte. En resumen, existe una brecha entre la actitud sureña en las negociaciones multilaterales y sus posiciones prácticas en las negociaciones bilaterales.

Tercero, en sus políticas nacionales, hay un creciente número de países del Sur que se están moviendo con algún vigor para diseñar políticas de planificación familiar y autosuficiencia en el campo agrícola. Sería más fácil de lo que fue en Bucarest en 1974 avanzar hacia metas internacionales en las áreas estrechamente relacionadas de la población y la alimentación.

Cuarto, las naciones de la OPEP, mirando un poco más lejos, están comenzando a percibir que ellas también enfrentan el desafío de crear una nueva base energética para el futuro, si sus esperanzas de construir y mantener sofisticadas estructuras industriales han de ser satisfechas; y esto requiere una estrecha cooperación con el Norte industrial. De hecho, esta percepción ya es evidente en las relaciones bilaterales de los países de la OPEP con las principales naciones industriales.

Quinto, el estado de la economías de la OECD durante 1978, sus sombrías perspectivas energéticas y su desilusionante desempeño durante los pasados cinco años, deberían provocar una estallido de ideas y políticas novedosas en caso de que el Norte no haya perdido su elasticidad y decidido, en efecto, descender al estilo neokeynesiano al cual se ha ido acostumbrando en los últimos años.

Es claramente posible que estas fuerzas no triunfen, que las negociaciones multilaterales Norte-Sur fallen o continúen en un camino inconexo y estéril; la erosión del apoyo del Norte a la ayuda y las concesiones comerciales en favor del Sur puede persistir; la inclinación hacia un cuasi proteccionismo puede continuar; la OECD puede esperar más o menos pasivamente el agotamiento de la capacidad de producción de la OPEP en un ambiente de mayor o menor estagnación. En este caso, podemos esperar en el futuro crisis políticas y económicas muy serias. Pero hay algunas posibilidades de que las percepciones y cursos de acción que actualmente están incorporadas en algunas políticas nacionales y bilaterales puedan ser elevadas a un nivel multilateral y las negociaciones Norte-Sur sean dotadas de una nueva vitalidad y un nuevo empuje.

El logro de un resultado favorable depende de un liderazgo político e intelectual de primer orden.